

Como es de suponer, el portero llevó á Eduardo una contestación afirmativa, en cambio de cuya contestación éste dió á aquél una cantidad en arras y sin pérdida de tiempo dió principio al desocupo.

Dos días después nuestro personaje estaba completamente instalado en su nuevo palacio de seiscientos francos anuales de alquiler.

CAPÍTULO II

El sacanete

Hacia poco más ó menos un mes que las cosas corrían por este carril, cuando,



La joven volvió por un instante la cabeza hacia Eduardo.

un día, Eduardo, al salir de su casa, vió entrar en la del lado una anciana, en la cual debemos decir que no fijó mucho la atención, acompañada de una joven tan bella, que al igual que una diosa lo ilu-

minaba todo á su paso. La joven volvió por un instante la cabeza hacia Eduardo, pero, por corto que dicho instante hubiese sido, bastó para que éste notara que la sífide tenía los ojos azules, negro el cabello, pálido el cutis, los dientes blancos y tal cual los sueñan los pintores poetas, y que en la expresión de su semblante y en el corte gracioso de su cuerpo había un algo audaz y enérgico que denotaba una naturaleza vehemente y excéntrica.

La joven atravesó el umbral de la puerta cochera, que se cerró tras ella, y desapareció como una visión. Eduardo prosiguió su camino, y una vez en el bulevar, adonde iba todos los días en busca de algún amigo, que indefectiblemente encontraba, la seductiva visión le había desaparecido de la mente al igual que de los ojos.

En efecto, después de haberse paseado un rato y saludado á media docena de conocidos, acabó por hallar uno de su agrado, ya que le tomó del brazo y dió con él un par ó tres de vueltas.

—¿Te vienes á comer conmigo—dijo

Eduardo á su compañero,—ó quieres subir un rato á casa de María? Hace dos días que no la he visto.

Los dos jóvenes atravesaron el bulevar, entraron en una casa de la calle Vivienne, se subieron al quinto piso y llamaron familiarmente.

Una como camarera abrió la puerta.

—¿Está en casa María?—preguntó Eduardo.

—Sí, señor.

Eduardo y su amigo entraron en un saloncito adornado con muebles de varias clases, en el que, y en torno de una mesa, había sentadas dos mujeres y dos jóvenes que estaban hablando estrepitosamente.

—¡Toma! ahí están Enrique y Eduardo,—dijo una vivaracha rubia, fresca como un pastel de Muller.—¡Qué dicha! estábamos jugando al sacanete. Siéntense ustedes si hallan sillas en qué, y jueguen si traen dinero.

—¿Quién gana?—preguntó Eduardo después de haber él y su amigo hallado por fin dos sillas.

—Clemencia; pero hace trampa.

Eduardo se inclinó hasta la oreja de María, y dándola un abrazo la preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente.

—¿Por qué no viniste ayer?

—Porque me sentí enferma.

—Me estás engañando.

—Van veinte sueldos—dijo Clemencia.

—Y yo otros veinte—añadió María.—Eduardo, paga por mí porque estoy perdiendo.

—¿Quién lleva la banca?—preguntó Enrique.

—Yo—respondió Clemencia.

—¿Todavía ella? Con esta ha pasado diez y siete veces.

—*Les canards l'ont bien passé*,—cantó una voz de falsete.

—Ea, ¿jugamos ó no jugamos?—gritó Clemencia.—Van treinta sueldos.

—Yo veinte,—añadió María.

—Y yo diez,—exclamó Eduardo.

—Y yo envido el resto,—repuso Enrique.

—As y sota,—dijo Clemencia.

—Bueno es el as.

—Galuchet es mejor.

—¿Qué demonio es eso de Galuchet?

—La sota.

—¿La sota se llama Galuchet?

—¡Carambal ¿cómo quieres que se llame?

—Dime, Enrique, ¿sabes cómo se cazan los cocodrilos?

—Nó.

—Yo tampoco.

—Gana el as.

—Naturalmente... Galuchet nunca ha perdido.

—Otro talla.

—Envido cinco francos,—dijo Eduardo.

—Y yo cuatro,—añadió María.

—¡Yo lo creo!—interrumpió Clemencia.

—Y yo veinte sueldos,—dijo otro.

—Yo el resto,—repuso Enrique.

—Enrique siempre envida el resto y nunca queda nada; deja, con tanto dinero va á comprarse un coche.

—A propósito de coche. Agustina tiene uno.

—¡Bah!

—Que sí te digo.

—¡Toma!

—Siete y diez,—dijo Eduardo.

—Bueno es el diez.

—Gana el siete,—repuso el banquero.

—¿Doblas?

—Doblo.

—Envido siete francos,—dijo María.

—Cincuenta sueldos,—añadió Clemencia.

—Faltan cincuenta céntimos; ¿los envidas tú, Enrique?

—Mañana.

—Mientras envides cuando no hay de qué, y nó cuando hay, no vas á arruinar-te en el oficio, te lo garantizo.

—La dama es mala,—dijo Enrique; —ya ha pasado cuatro veces.

Las dos jóvenes apoyaron sus pequeñas y blancas manos en la mesa, fijaron risueñas y atentas los ojos en los naipes que uno tras otro iban cayendo, y al ver que se sucedían sin resultado alguno, empezaron á insultarlos.

Lo que de atractivo tiene el juego cuando de mujeres se trata, es que da á

la fisonomía de éstas todos los matices de un disgusto real ó de una alegría loca, según pierden ó ganan; y es que no se toman el trabajo de hacer lo que nosotros, esto es de ocultar las sensaciones que experimentan.

—La dama gana,—dijo Clemencia.

—¡Llévese pateta al rey!

—Envido veinte francos,—dijo Eduardo.

—Y yo diez,—añadió María.

—Y yo... nada,—repuso Clemencia contando el dinero que tenía delante de sí.—Pero ¿y si envidaba cinco francos?

—Yo el resto—dijo Enrique con gesto resignado.

—¡Dos ochos!—exclamó Eduardo.

—Te debo diez francos,—le dijo María.

—Preferiría que otro sólo me debiese cinco y todavía ganaría otros tantos.

—Tampoco pago yo,—dijo Clemencia:—tres veces con esta ha pasado; pero, ea, envido diez francos.

—Yo diez.

—Yo cinco.

—¡Cincol

—¡Diez!

Envidado todo, Eduardo fué volviendo los naipes.

—¡Dos sotas!—dijo éste riendo.

—¡Maldito Galuchet!—exclamaron las dos mujeres.

—Y te debo veinte francos,—prosiguió María.

—¿Quién me compra esta deuda por treinta sueldos?—preguntó Eduardo.

Todos guardaron silencio.

—¡Brava confianza!—murmuró Enrique.

—Tome V., ahí van mis diez francos,—dijo Clemencia haciendo un gracioso mohín; no juego más.

—Talle otro,—dijo Eduardo.

Y dirigiéndose á María, que delante de sí ya no tenía dinero, la dijo:

—Me estás adeudando veinte francos ¿no es eso? pues toma, ahí te doy cuarenta y quedamos en paz.

—¿Cuánto había en el juego?—preguntó Clemencia á Eduardo.

—Ochenta francos.

—Me quedo otra vez la banca por esta cantidad.

En esto llamaron á la puerta.

—¡Silencio!—dijo María.

Desde la sala se oyó cómo abrían la puerta y se iniciaba un diálogo entre el que había llamado y la que abriera; luego la puerta se cerró de nuevo con ese estrépito que prueba que se ha dejado fuera al visitante.

La que hacía las veces de camarera entró en la sala y entregó una carta á María, quien en leyendo la firma la entregó sonriendo á Eduardo, que á su vez la puso en manos de Clemencia, la cual la endosó á su vecino, y así sucesivamente hasta haber dado la vuelta entera á la mesa y promovido la risa de todos.

—¿Qué le ha dicho V?—preguntó María á Josefina.

—Que estaba V. en Auteuil, en casa de su hermana.

—Voto un luis en favor de Josefina,—dijo uno de los jugadores.

—Las cámaras lo conceden.

Josefina recibió el luis.

—Ahora que si el fulano ese se ha

marchado, ¡adelante con la banca!
¡ochenta francos!

—Veinte,—dijo Eduardo.

—Diez,—añadió María.

—Quince.

—Cinco.

—Envido el resto.

El temor de que podía perder ochenta francos hizo vacilar á Clemencia. Miró si podía hacer trampa; pero al ver que todos tenían los ojos fijos en los naipes, se decidió y volvió dama y sota.

—Pago la mitad y me marchó,—dijo Clemencia.

La dama había ya pasado cinco veces.

—No, no,—dijo una voz;—siga el juego.

—¡Bravo! ¡Galuchet!

—Otra vez la dama,—dijo Clemencia.—Continúo y envido ochenta francos; se presenta bien.

—¡Alto! debes pasar la baraja á otro, sólo te queda una jugada.

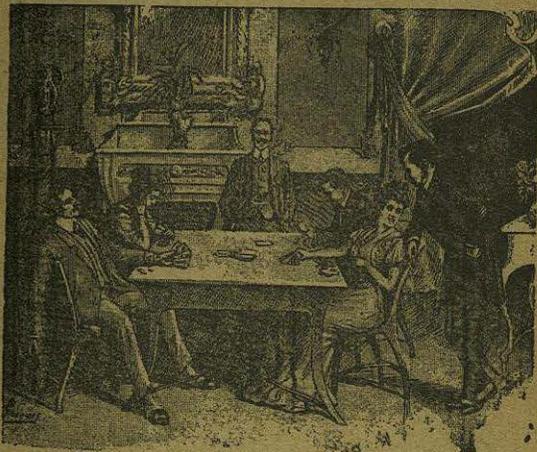
—Es verdad; pero así no juego más.

—Ahora que has ganado una montaña de oro.

—¡Ya! no gano sino cincuenta francos.

—Te los envido,—dijo María.

Clemencia se llevó las manos á la punta de la nariz, abrió los dedos, unió el pulgar de la una con el meñique de la



El temor de que podía perder ochenta francos hizo vacilar á Clemencia.

otra, y les imprimió un movimiento conocido.

—Entonces,—dijo María,—si Clemencia se va no juguemos más.

—Ea,—repuso Clemencia mudando de consejo,—envido veinte francos.

—Acepto.

Los naipes empezaron á llover de nuevo.

—¿Conoces á Lamberto?—preguntó Enrique á Eduardo.

—¿El que estudia derecho?... sí.

—Acaba de licenciarse en medicina.

—Gano, —dijo María tomando los veinte francos de Clemencia.

—Te envido otros treinta,—repuso ésta,—si me cedes la mano. Decídetelo pronto, pues tengo que marcharme.

—Acepto.

Clemencia volvió un siete y un nueve: este último ganó.

No se ha visto nunca rostro más consternado que el que puso la jugadora; había para hacer llorar á un turco.

—Envido el resto,—dijo Clemencia.

—Acepto,—contestó María.

Al volver la tercera carta, el juego quedó para ésta.

Ahora había para hacer llorar á un usurero.

Propongo que se concedan veintidós sueldos á Clemencia para que se compre un cabriolé milord,—dijo Enrique.

—¡Váyase V. al diablo!—contestó

Clemencia poniéndose el sombrero.

—Escucha,—dijo Eduardo á ésta,—sobre tu palabra te envido veinte francos, tanto si gano como si pierdo. Ya ves que siempre sales ganando.

—Juego.

Clemencia ganó los veinte francos, se los metió en el bolsillo, se echó sobre los hombros su chal y se fué disparada como una flecha.

—¡Pobre Clemencia!—dijo Eduardo.

—Déjala,—repuso María,—anoche ganó diez y ocho luises en casa de Julia.

En esto los tertulios se pusieron á conversar, y luego fueron desfilando uno tras otro.

Eduardo y Enrique fueron los últimos, y aún María no consintió que se marchasen sino á condición de que volverían en comiendo.

—¡Qué buena muchacha es María!—dijo Eduardo mientras bajaba la escalera.

—¿Dónde la conociste?

—En casa de Alberto, de ese pobre chico que se encuentra en Africa.

—Vale buena cosa más que Clemencia.

—No hay punto de comparación.

Eduardo y Enrique se alejaron haciendo el elogio de María, la cual salió á la ventana y siguió con la mirada al primero y con una sonrisa al segundo hasta que los dos hubieron desaparecido al revolver de la esquina del bulevar.

Después de haber comido, Eduardo se volvió solo á casa de María.

—Ahora que estamos sin testigos,—dijo ésta un si es no es embotijada,—va V. á decirme qué ha sido de V. durante estos dos últimos días y qué le ha distraído de venir á verme.

Eduardo se sentó á los pies de su hermoso y severo juez, y empezó á desenvolver un sistema de defensa que hubiera honrado á más de un abogado de fama.

El debate fué largo; el jurado diliberó, y gracias al amor que le merecía el acusado, admitió circunstancias atenuantes y le absolvió libremente.

He aquí poco más ó menos la vida cotidiana que llevaba Eduardo, cuando la

graciosa visión de la mañana vino á introducir en ella algunos instantes de suave divagación.